

deciendo a la Naturaleza, caso insólito a lo largo de la evolución y despliegue de la vida universal. Es la persona rebelándose contra la especie. Es el ejemplo vivo, extraño y original que viene al mundo a romper los eslabones de la evolución. El hombre no es *evolución* sino *revolución*, discontinuidad, gesto inédito en la Naturaleza, otra cosa que un caso más en el curso rítmico de la melodía de las especies. El mejor ejemplar animal es el «pura sangre», el «tipo» de cada especie, el que mejor repite y sintetiza las líneas generales de la suya. El mejor ejemplar humano, es el que más se distingue de los demás, el que más originalidad creadora acusa, el que en vez de una especie representada por él, tiene «personalidad», un formato novísimo tejido de Historia y de Poesía.

El hombre no puede definirse por su ser físico, porque es otra cosa que biología; es poesía o creación. Así como la Venus de Milo no es solo mármol, sino algo mucho más difícil de definir que el mármol, porque es arte; algo inmaterial que ha hecho de la piedra una diosa, y un dechado estético, de modo que con solo estudiar los materiales y la técnica de su autor no se alcanza el entendimiento último y esencial de la Venus, así tampoco se cata lo esencial del hombre, conociendo los materiales de que su cuerpo está hecho. No podemos decir que conocemos, de verdad, a un hombre porque sepamos cual es el color de su pelo, los centímetros de su talla y la fecha en que nació, como datos de sus materiales orgánicos. Tampoco basta con saber la contribución que paga, y el domicilio en que vive y los antecedentes de sus padres. Para conocerle hay que fijarse en él, en su singularidad, y radiografiarle el fino arbolismo de sus intenciones, sus anhelos, sus recuerdos, sus júbilos y sus penas. Hay que fijarse en su singularidad y amarle...

IDEARIO EXTREMEÑO

La espontaneidad y el entusiasmo forman los vínculos de las sociedades que nacen, como la razón ocupa el trono de las sociedades que marchan y la indiferencia y la duda el de las sociedades que perecen.

DONOSO CORTÉS

COSTUMBRES CACEREÑAS

La Guardia del Cuerpo del Señor

Por JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ

RARO será el pueblo de Extremadura que no conserve entre sus más preciados recuerdos alguna costumbre típica enraizada en la ejemplar y valiosa historia de sus piedras doradas por la pátina de muchos siglos. Y más raro será todavía que esa costumbre no esté, de una u otra manera, enlazada con el ceremonial religioso de las más solemnes fiestas de la Iglesia, a las que la gente da el calor de su aportación en formas que a veces pueden parecer ritos populares pero que siempre tienen su liturgia especial, que se guarda y se transmite íntegra de unas generaciones a otras.

Costumbres curiosísimas y poco divulgadas conservan los pueblos cacereños, de una de las cuales voy a ocuparme ahora, ya que estamos en tiempo de Cuaresma.

El pueblo a que me refiero es el trujillano de Villamesías, de rancia historia, como lo acreditan las numerosas lápidas romanas encontradas en su término, las hachas de piedra eneolíticas recogidas en las márgenes del río Búrdalo, y los blasones que en las casas y en las losas sepulcrales perpetúan hazañas de vecinos ilustres.

En escenario de tan añeja historia se conserva la curiosa costumbre allí conocida con la expresiva frase de «Guardar el Cuerpo del Señor», guarda que se lleva a cabo durante los días de Jueves y Viernes Santo por los hombres de la villa que a ello se han ofrecido voluntariamente y con carácter de voto religioso.

Estos hombres, solteros, casados o viudos, ya que el estado no hace al caso, han de comulgar antes de cumplir su cometido y van vestidos con el mejor traje de que dispongan, llevando corbata y, además, pañuelos bordados que asoman por todos y cada uno de los bolsillos de la americana. Se cubren con capa y sombrero y van armados de sable y espingarda, muy adornados ambos con toda clase de cintas de colores. Los pañuelos de los solteros se los bordan primorosamente las novias respectivas.

Vestidos de esta guisa van a la iglesia estando presentes todos los ofrecidos mientras duran los oficios, que presencian con gran devoción y guardando la rígida posición de firmes.

Al terminarse los oficios de Jueves Santo, en los que todos los guardianes comulgan, se quedan tan solo dos de ellos encargados de la custodia del monumento, y por parejas se relevan día y noche